

DIVO BARSOTTI

SAN FRANCISCO ORACIÓN VIVIENTE

EL INFINITAMENTE PEQUEÑO
ANTE EL INFINITAMENTE GRANDE

Prefacio de
Giovanni Iammarrone

DESLÉE DE BROUWER

ÍNDICE

PREFACIO	11
1. Francisco en el torbellino del amor de Dios.	13
2. Una vida y una oración en el interior de la Iglesia	13
3. Una oración y una espiritualidad con dinámica y orientación trinitarias	14
a. Docilidad a la acción del Espíritu Santo	15
b. Imitación de los misterios de Cristo e identificación con los mismos, centro de su vida	15
c. En camino hacia el Padre, el Dios humilde	18
4. Una vida teologal en la raíz de la pobreza interior (humildad) y exterior	21
5. Una espiritualidad que abarca cielo y tierra, pasado, presente y futuro, como sinfonía universal	22
6. Una vida teologal en caridad y alegría	23
7. Un místico extasiado, que no absorbido, en Dios, pero que lo ve y le canta en todas las cosas	25

PRIMERA PARTE:

LA ORACIÓN DE SAN FRANCISCO

INTRODUCCIÓN	31
1. EL SECRETO DE SU ORACIÓN	37
2. LA PRIMERA ORACIÓN	43
3. SÍNTESIS DE DOCTRINA	45
4. EL SEGUIMIENTO DE CRISTO	47

5. LAS BIENAVENTURANZAS DE SAN FRANCISCO.	51
6. SALUDO A LA VIRGEN	55
7. SALUDO A LAS VIRTUDES	59
8. JESÚS EN EL MISTERIO EUCARÍSTICO	65
9. EL AMOR QUE DESEA LA MUERTE.	69
10. LOS DOS ABISMOS	71
11. EL OFICIO DE LA PASIÓN.	73
12. COMENTARIO AL «PATER NOSTER»	85
13. ALABANZAS PARA TODAS LAS HORAS.	89
14. EL CÁNTICO DE LAS CRIATURAS.	95
15. LAS ALABANZAS AL DIOS ALTÍSIMO.	99
16. ORACIÓN, ALABANZA, ACCIÓN DE GRACIAS	103
17. LA ÚLTIMA ORACIÓN	111
CONCLUSIÓN	117

SEGUNDA PARTE:

LAS ALABANZAS AL DIOS ALTÍSIMO

Introducción	121
1. TÚ ERES SANTO, [...] EL SUMO BIEN, SEÑOR DIOS VIVO Y VERDADERO	135
2. TÚ ERES CARIDAD – TÚ ERES AMOR	147
3. TÚ ERES SABIDURÍA	161
4. TÚ ERES HUMILDAD	169
5. TÚ ERES PACIENCIA.	179
6. TÚ ERES BELLEZA.	183
7. TÚ ERES SEGURIDAD - TÚ ERES PAZ	189
8. TÚ ERES GOZO Y ALEGRÍA - TÚ ERES NUESTRA ESPERANZA - TÚ ERES TODA NUESTRA RIQUEZA	193
9. TÚ ERES PROTECTOR - TÚ ERES NUESTRO CUSTODIO Y DEFENSOR - TÚ ERES FORTALEZA - TÚ ERES REFUGIO	201
10. TÚ ERES NUESTRA ESPERANZA... FE... CARIDAD - TÚ ERES NUESTRA DULZURA - TÚ ERES NUESTRA VIDA ETERNA, GRANDE Y ADMIRABLE SEÑOR	207

TERCERA PARTE:
«ÉSTE ES MI TESTAMENTO»

INTRODUCCIÓN	215
1. EL ENCUENTRO.	219
2. «EL SEÑOR ME REVELÓ...»	229
3. «Y EL SEÑOR MISMO ME CONDUJO EN MEDIO DE ELLOS...»	237
4. «TE ADORAMOS AQUÍ Y EN TODAS LAS IGLESIAS»	251
5. «EN ESTE SIGLO NO VEO NADA FÍSICAMENTE DEL MISMO ALTÍSIMO HIJO DE DIOS...»	261
6. «MI VIDA ES CRISTO»	271
7. «Y A TODOS LOS TEÓLOGOS Y A LOS QUE ADMINISTRAN LAS SANTÍSIMAS PALABRAS DIVINAS DEBEMOS HONRAR Y VENERAR, COMO A QUIENES NOS ADMINISTRAN ESPÍRITU Y VIDA»	279
8. «Y DESPUÉS QUE EL SEÑOR ME DIO HERMANOS...»	291
9. UNA VERDADERA VIDA FRATERNA	303
10. «VIVIR SEGÚN LA FORMA DEL SANTO EVANGELIO».	313
11. «Y NO QUERÍAMOS TENER MÁS»	323
12. «EL SEÑOR ME REVELÓ QUE DIJÉSEMOS EL SALUDO: EL SEÑOR TE DÉ LA PAZ»	333
13. «... SEA COLMADO DE LA BENDICIÓN DEL ALTÍSIMO PADRE...»	343
APÉNDICE: TESTAMENTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO	353

CUARTA PARTE:
ASÍ ORABA SAN FRANCISCO

1. FUENTE GENERADORA DE TODA LA VIDA RELIGIOSA.	359
2. PARTICIPACIÓN, EN CRISTO, EN LA VIDA TRINITARIA	375
3. LA ORACIÓN DE LA IGLESIA EN SAN FRANCISCO	411

PREFACIO

Me han invitado a presentar estos «escritos franciscanos» de don Divo Barsotti, que son, en gran parte, apuntes de ejercicios espirituales dirigidos por él a comunidades de franciscanos en los años 70-80 del siglo pasado. Recordar esta circunstancia ayuda a comprender los textos, en los que se hace evidente el empeño del autor en presentar la figura y la espiritualidad del santo de Asís a unas personas llamadas a mantener vivo su carisma en la sociedad actual con una fidelidad creativa. Con todo, emerge de ellos que su propósito principal es contemplar y exponer el fenómeno Francisco en su profunda dimensión espiritual como una extraordinaria creación de la gracia divina y singular testigo de santidad que Dios ofreció a la Iglesia de su tiempo y a la de todos los tiempos. En la presentación de la figura del santo se deja ver la gran admiración que sentía por él, su estupor ante una personalidad espiritual tan eminente, y una cierta «connaturalidad» de su espiritualidad con la del santo de Asís. No es casualidad que haya vuelto a meditar y a exponer en más ocasiones la vivencia espiritual del Pobrecito y haya deseado que el Estigmatizado de La Verna fuera el copatrono de la «Comunidad de los hijos de Dios» fundada por él. La lectura de los textos nos muestra a un fino teólogo y a un reconocido experto en espiritualidad que lee, interpreta y explica a alguien que, en su opinión, tal vez sea el místico más grande y la figura espiritual más elevada del cristianismo.

El presente volumen unifica cuatro pequeños volúmenes de Barsotti publicados por separado en diferentes años, aunque ligados por su unidad interior: la omnipresente perspectiva de aproximación de Barsotti al santo de Asís como hombre de oración, hombre hecho oración, según una expresión de Tomás de Celano que nos recuerda

en diversas ocasiones. De sus páginas se desprende, en efecto, que Francisco ha sido y debe ser considerado, principalmente, como un hombre que vivió y dio testimonio de una profunda experiencia de Dios, en particular en la oración, por lo que podemos decir que su espiritualidad es oración, su carisma, su vida religiosa «depende toda ella de su oración... La oración constituye en Francisco la fuente generadora de toda su vida»; sus escritos, en efecto, «giran en torno al argumento fundamental, que es la oración».

El autor hace referencias intermitentes en los textos a hechos de la vida de Francisco, a las relaciones con su mundo, pero se trata de elementos marginales. Lo que pone de manifiesto en casi todas las páginas es más bien a Francisco como hombre conducido por el Espíritu, reflejo e irradiación de la presencia de Cristo entre los hombres; en particular, el místico que vive en «estado teopático», aferrado por el amor de Dios y lanzado a responder de una manera irrefrenable a ese amor con la oración de bendición, de acción de gracias, de alabanza.

Barsotti señala, principalmente, en *Éste es mi testamento*, la total «conversión» de Francisco a Cristo confiada por él a sus hermanos y, a través de ellos, a la Iglesia. Barsotti pone de manifiesto en sus escritos y discursos sobre la oración de san Francisco los diferentes motivos y las distintas direcciones y acentos de su volverse a Dios en sus oraciones, dibujando, sobre el fondo del sentido y de los contenidos específicos de la oración cristiana, el movimiento y los elementos característicos de la oración de Francisco, especialmente el dinamismo del espíritu orante del santo, arrebatado en desnuda y pura contemplación de los nombres divinos.

Merece ser recordado lo más significativo y relevante que pone de manifiesto su meditación de los escritos del pobre de Asís. Con todo, antes de llevarlo a cabo es oportuno señalar que su aproximación a ellos es inmediata e intensamente participada. No hace referencia, a no ser un par de veces, a obras de estudiosos de las obras de Francisco, y acá y allá suscita la impresión de que conoce investigaciones sobre ella que florecían en aquellos años, o bien en el plano filológico y literario, o bien en el espiritual y teológico. Sin embargo, es preciso reconocer que sus consideraciones brotan de una lectura personal

directa y característica del dictado sanfranciscano y algunas de ellas, preciso es reconocerlo, se revelan verdaderamente originales y, de hecho, han servido de estímulo a posteriores ahondamientos por parte de estudiosos del movimiento franciscano. Dicho esto, veamos lo más significativo que capta en el testimonio espiritual de Francisco. En la exposición le haré hablar ampliamente a través de sus textos.

1. Francisco en el torbellino del amor de Dios

Barsotti ve en Francisco fundamentalmente a un hombre caracterizado por una disponibilidad total a Dios desde su conversión, una «opción absoluta por Dios». Lo ve viviendo constantemente en presencia de Dios, viviendo el misterio cristiano como «Presencia» y articulando su oración como «visión y sentimiento de la Presencia»; lo ve como un cristiano «poseído por Dios» y que «posee a Dios»; como un alma «poseída por Dios, vive de Dios» y «arrolla con el ímpetu de su amor a todos los hombres y todas las criaturas de Dios», arrastrando a todos en el himno de acción de gracias a Dios. «Francisco –señala el autor– conoció a Dios como amor, y el estupor de sentirse amado suscitó en él una respuesta de amor de tal calibre que pocas almas han experimentado con la misma fuerza; «ésta fue la vida de Francisco y en esta indomable pasión suya de amor conoció verdaderamente a Dios, al Infinito. San Francisco vivió el hambre, el deseo único de Dios, y su vida entre los hombres no fue, en este sentido, más que un camino continuo, sin que nadie pudiera impedirlo».

2. Una vida y una oración en el interior de la Iglesia

Barsotti subraya la inserción de la experiencia espiritual y de la oración de Francisco en la Iglesia, percibida y confesada por él como sacramento de Cristo y de la gracia de Dios. Indica a menudo que su santidad y su oración, por muy personales que sean, no se pueden comprender más que en el interior de la Iglesia, que, tal como afirma el santo en su Testamento, con la Palabra divina, los sacerdotes, la Eucaristía, le da la presencia de Cristo y el don de Dios: «Francisco vive en el corazón de la Iglesia... Se ha hecho oración de la Iglesia. Porque es un alma en la que la Iglesia casi se hipostatiza... No hay

una oración suya personal... La oración de la Iglesia es la oración de Francisco; la oración de Francisco es la oración de la Iglesia».

3. Una oración y una espiritualidad con dinámica y orientación trinitarias

Uno de los aspectos de la oración y de la espiritualidad del santo de Asís que el autor señala de una manera más acentuada y frecuente es la dinámica, la orientación trinitaria, que considera como factor fundamental de su experiencia de Dios.

Se trata de una característica que empezó a salir a la luz en los estudios franciscanos de aquellos años y se subraya sobremanera ahora¹, pero que él, en mi opinión, particularizó y puso de relieve por su cuenta, con una profundidad y una eficacia verdaderamente notables. El texto del santo donde la ve expresada con mayor claridad es la oración puesta como conclusión de la «Carta al Capítulo general», hoy llamada «Carta a toda la Orden», que es oportuno reproducir: «Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, concédenos por ti mismo a nosotros, miserables, hacer lo que sabemos que quieres y querer siempre lo que te agrada, a fin de que, interiormente purgados, iluminados interiormente y encendidos por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y llegar, por tu sola gracia, a ti, Altísimo, que en perfecta Trinidad y en simple Unidad vives y reinas y estás revestido de gloria, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos. Amén». De ella escribe Barsotti: «La oración de Francisco es en su brevedad... una síntesis vigorosa, dotada de una extraordinaria densidad, de toda la doctrina espiritual»; representa el texto en el que el santo encierra toda su enseñanza, está dotada «de una gran densidad teológica, aunque sencilla», es, verdaderamente el punto de partida para un examen y una meditación sobre la oración en Francisco». Veamos brevemente los elementos que pone de manifiesto en su participada meditación de la misma y de otros pasajes de los escritos del santo, que proponen también la misma experiencia y visión espirituales.

1. Para una documentación abundante sobre la recuperación de la dimensión trinitaria de la espiritualidad de Francisco desde los años 70 hasta nuestros días, véase L. Massacesi, *L'Esodo della Fraternità francescana*. Studio sugli scritti di san Francesco d'Assisi, Messaggero, Padua, 40-129.

a. Docilidad a la acción del Espíritu Santo

Barsotti señala antes que nada que todo el camino espiritual del santo ha sido una continua y creciente docilidad a la acción del Espíritu Santo, que, según las palabras del mismo Francisco, «lleva a cabo la purificación, proporciona la iluminación y consume la unión en el amor». Ahora bien, precisa que, para el santo, el término de la acción del Espíritu no se encuentra en una transformación genérica del hombre, «sino en una nueva relación con Cristo», por lo que debemos decir que para el de Asís «el verdadero contenido de la vida espiritual es esencialmente relación con Él; la iluminación y el inflamarse en el amor no son fines en sí mismos, sino que están ordenados al seguimiento de Cristo».

b. Imitación de los misterios de Cristo e identificación con los mismos, centro de su vida

Esta observación le lleva a tomar en consideración la función mediadora de Cristo en la vida espiritual del santo de Asís, a la que dedica su atención casi en cada página, dado que, en su opinión, «Cristo es el centro: la imitación de Cristo es prácticamente el contenido de toda la vida» y «Cristo no constituye verdaderamente un pretexto para él, no alude a él para hablar de otros; todo se convierte más bien para él únicamente en un motivo para contemplar, adorar, amar a Jesús, Hijo de Dios».

Barsotti habla repetidamente de la imitación, configuración y unión de Francisco con Cristo. Sin embargo, en pasajes centrales de sus reflexiones recoge toda la relación del santo con Cristo en la expresión que se repite en la oración en cuestión: «seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo»². Escribe al respecto:

2. Debemos señalar, no obstante, que Francisco no habla en sus escritos de imitación ni de configuración, sino de «seguir» la vida, la doctrina, el ejemplo, las huellas de Cristo. La investigación de estos últimos años ha puesto a punto su lenguaje, distinguiéndolo del lenguaje de las biografías franciscanas: sobre esto véase G. Iammarrone, *La "sequela di Cristo" nelle Fonti Francescane*, «Miscellanea Francescana» 82 (1982) 417-471; A. Marini, «*Vestigia Christi sequi*» o «*imitatio Christi*». *Due differenti modi di intendere la "vita Evangelii" di Francesco d'Assisi*, «Collectanea Francescana» 64 (1994) 89-119.

«Debemos decirlo: la vida ascética, el cumplimiento de la voluntad divina tienen en Francisco mucho menos peso que el que tiene el sequi vestigia Christi en toda su doctrina. La misma vida cristiana no es el cumplimiento de una voluntad divina abstracta, sino el cumplimiento de una Encarnación. Es hacerse verdaderamente presente en Francisco el Cristo que ama. Es verdaderamente la identificación de él con Cristo. Es la forma evangélica... Cristo es central. Es el que lo ilumina todo. Es el contenido último de todo lo que constituye el valor ético de la vida, de lo que constituye el valor cognoscitivo de la vida: Cristo. Toda la vida consiste en el sequi vestigia». Se trata de una relación de amor, de adhesión, aunque más que de adhesión –que es un término berulliano–, de amor, de amor como hermano, de amor como esposo, a Cristo. Hasta el punto de identificarse con él». En este sentido, su vida espiritual y su oración son cristocéntricas.

Ahora bien, es digno de destacar que Barsotti ve, en este amor total de Francisco a Cristo, al santo orientado a asimilar en su propia vida todos los misterios de Cristo, cuyo «memorial» es la Eucaristía, incluida la resurrección/glorificación, un elemento, este último, descuidado por lo general en los estudios de la espiritualidad del santo en aquellos años y, en mi opinión, todavía no valorado adecuadamente³. Es cosa sabida que, siguiendo la estela del relato de Tomás de Celano (1Cel 84: FF 467), la referencia de Francisco a Cristo ha sido considerada principalmente como dirigida al Verbo hecho carne (Navidad) y al Cristo sufriente y crucificado (Pasión). El

3. Recordemos algunas obras que desde los años 70 han tomado en consideración la resurrección como elemento constitutivo de la experiencia espiritual de Francisco: L. Gallant, (*Dominus regnava a Ugno*). *L'Officium Passionis" de saint Francois*. Édition critique et étude, París 1978 (Tesis de doctorado en el Institut Catholique). Barsotti no cita esta publicación. ¿La conocía? Me parece que no. Es cierto que lee el «Oficio de la pasión» desde la misma perspectiva. Después de la aparición de los libros de Barsotti ha habido otras publicaciones (no muchas a decir verdad) que han tocado o tratado de una manera más difusa el tema: S. Pastori; *Francesco d'Assisi: un'esperienza di Gesù nello Spirito*, en A.A.V.V., *Gesù è il Signore*, Casale Monferrato 1983; G. Iammarrone, *La cristologia francescana*, Messaggero, Padua 1997, 65-72; C. Vaiani, *La risurrezione nell'esperienza di Francesco d'Assisi*, «Vita Minorum» 76 (2005) 87-101; últimamente L. Massacesi, *L'Esodo*, 80-90. En mi opinión, ninguna de estas obras alcanza la profundidad de la lectura de nuestro autor.

autor hace honor a esta tradición y subraya en más ocasiones hasta qué punto el ánimo de Francisco estaba preso de estupor e invadido de amor por el Niño de Belén y el Jesús sufriente y crucificado, ambas expresiones luminosas del amor condescendiente y humilde de Dios al hombre, prolongado cada día en la eucaristía.

Sin embargo, saca también a la luz en más ocasiones la gran importancia que la resurrección/glorificación de Jesús tuvo en su espiritualidad, como se desprende tanto de su atento análisis del «Oficio de la pasión» como de muchas otras de sus consideraciones diseminadas en los pequeños libritos. Sin embargo, aun reconociendo que las referencias explícitas al Cristo resucitado y glorioso son raras en Francisco, refiriéndose a la «Carta al Capítulo», señala que «quien toca con las manos, toma con la boca y el corazón y da a otros no a quien ha de morir, sino al que ha de vivir eternamente y está glorificado y en quien los ángeles desean sumirse en contemplación... el Cristo victorioso, el Cristo glorificado que se hace presente. Vive la presencia de Cristo, no ya en su humillación, sino en su Resurrección, en su glorificación final. Es el Cristo resucitado al que siente vivo, con el que se comunica continuamente; el Cristo resucitado que transfigura todo el universo y se lo hace hermano». Por eso puede escribir también textos como los siguientes: «El Cántico de las criaturas, el Cántico de la Resurrección en el ‘Oficio de la Pasión’ expresan precisamente esta amplitud a fin de que en el Cristo resucitado lo sienta todo verdaderamente como unido íntimamente a él, se comunica con todo y, al comunicarse con todo, lo arrastra todo en su alabanza al Padre»; «a través de la Natividad (el misterio de la humillación del Verbo que se encarna), a través de la Pasión (el amor de un Dios que se revela y se entrega) llega a la comunión con el Cristo resucitado para vivir en ella una comunión cósmica, total»; «la piedad de Francisco puede ser una tierna contemplación de la humildad del pesebre y participación dolorosa en la pasión interior de Jesús, es sobre todo alabanza en la alegría de una resurrección que transfigura ya para él toda la creación». Todos estos pasajes, su sólo son algunos, son, a mi modo de ver, expresión de una valoración singular y estimulante de la resurrección en la espiritualidad de Francisco.

c. *En camino hacia el Padre, el Dios humilde*

Seguir a Cristo, señala el autor en numerosas páginas, significa para Francisco caminar tras él a fin de alcanzar la meta, el Padre. Escribe: «Una vez que el alma ha seguido a Cristo, se ha identificado con él, y el camino es uno solo: *pervenire ad te*, llegar al Padre». De muchas de sus páginas se deduce que se trata de una meta que, en Cristo resucitado, no está reservada al individuo, ni siquiera únicamente a la humanidad, sino que se extiende a toda la creación.

Los estudios franciscanos venían poniendo de manifiesto en aquellos años la centralidad y la posición eminente, el primado del Padre en la espiritualidad del santo⁴. Precisamente por ese mismo período, Barsotti ponía bien de manifiesto este significativo elemento suyo gracias a una lectura personal y atenta de los textos de Francisco; más aún, captaba hasta tal punto su importancia que la recordaba con frecuencia y, dada su competencia en el campo de la espiritualidad, caracterizaba su originalidad incluso a través de una comparación con las posiciones de otras espiritualidades.

Como íbamos diciendo, para Barsotti, la identificación con Cristo es lo que lleva a Francisco a orientar su oración y su pensamiento al Padre, como se desprende de su análisis de la oración colocada al final de la «Carta al Capítulo», del «Oficio de la Pasión» y de las «Alabanzas del Dios Altísimo». En la exposición del «Oficio de la Pasión» escribe: «Es Jesús el que ora y es Francisco el que se identifica con Él. En ninguna otra oración del santo se repite con tanta

4. En 1982, año en que aparecieron los tres textos «franciscanos» de Barsotti, a excepción del *Testamento*, publicado algunos años antes, salía el importante estudio de T. Matura, «*Mi Pater sancte*». *Dieu comme Pere dans les écrits de Francois*, «*Laurentianum*» 23 (1982) 102-132, publicado más tarde también en italiano en la colección de estudios del mismo autor, *Francesco parla di Dio*, Milán 1992. Las consideraciones sobre la importancia, sobre el «primado», de la figura del Padre en los textos de Francisco realizadas por los dos estudiosos eran muy semejantes. La contemporaneidad de la publicación de los escritos excluye su mutua dependencia. T. Matura ha vuelto sobre la figura del Padre en Francisco en su publicación *Francesco un altro volto*, Biblioteca Francescana, Milán 1996, 69-75 (traducción castellana: *Francisco de Asís, otro Francisco: el mensaje de sus escritos*, Arantzazu, Álava 1996); para otros escritos sobre el mismo tema y una exposición sobre el mismo, véase L. Massacesi, *L'Esodo*, 114-129.

frecuencia y con tan vehemente ternura de amor el nombre de Padre. Francisco recupera la sencillez pura de la oración de Jesús; la oración del santo va menos dirigida al Altísimo que al Padre»; en otro lugar repite con claridad: «En la medida en que él se identifica con Cristo, en la medida en que Cristo vive en él, toda su vida no es más que una ascensión hacia el Padre, en pura alabanza, en pura glorificación. No conoce más que la bondad de Dios: ‘Tú eres el Bien, todo el Bien, el sumo Bien’... San Francisco ya no siente ni su nada ni su todo. Ya no ve más que al Padre. Se pierde por completo en la luz divina, en pureza de alegría». Dios, el Altísimo, el Bueno, el Dios vivo, términos que vuelven a menudo en sus labios y en sus escritos, designan, para él, al Padre, al que tiende con todo el impulso de su corazón.

Cuando intenta caracterizar la figura de Dios Padre como término de la oración y del camino espiritual de Francisco, Barsotti precisa lo siguiente: no es la Nada o el No-ser de muchos místicos, no es el Vacío de inspiración budista, tampoco es el Dios de la teología apofática de inspiración neoplatónica que exige, ya desde el comienzo, el silencio ante su inefable trascendencia, sino el Dios de la economía de la salvación, el Padre, cuyas perfecciones positivas exalta el santo en diferentes ocasiones, especialmente en las «Alabanzas del Dios Altísimo», aunque sabe que siempre habrán de ser corregidas y trascendidas por vía de eminencia.

Con todo, lo que más atrae la atención de Barsotti en la contemplación de los nombres divinos por parte de Francisco es la afirmación de que Dios es humildad por parte del santo de Asís. Vuelve sobre este punto en diferentes ocasiones, porque lo considera como un elemento original de su testimonio espiritual, así como un descubrimiento y un elemento original en el seno de la tradición cristiana. Según Francisco, Dios es caridad, es amor que inflama el corazón del deseo, pero, señala el autor, «una caridad y un amor que se manifiestan en su caso a través de la humildad y de la paciencia». Y advierte al respecto: «Dios es humildad, es en verdad una de las cosas más grandes que se hayan dicho jamás. Dios es verdaderamente Aquel que, por ser amor, no puede ser más que el eclipse total de sí mismo en relación con el amado».

A fin de caracterizar mejor la novedad espiritual y teológica del santo de Asís, escribe: «la humildad no corresponde, en Francisco, sólo al hombre, sino, antes aún, a Dios, Dios mismo es humildad... La humildad no es sólo condición para una relación con Dios, es Dios mismo»; y aún: «la humildad en Francisco –y ésta es la gran novedad, el maravilloso descubrimiento de san Francisco– es la misma revelación del amor. Dios es amor y el amor no puede ser más que humildad». El santo de Asís contempla la humildad vivida por el Hijo de Dios en su humanidad, representada cada día de un modo particular en la eucaristía, y la proyecta en el mismo ser de Dios, al que considera y del que dice que es humilde porque es amor: «la humildad es en san Francisco verdaderamente la revelación del amor; por eso es la revelación suprema de Dios. Francisco no conoce una revelación más elevada de Dios que esta humildad». Este rostro de Dios, del Dios humilde porque es esencialmente amor, leído a la luz del misterio revelador de Dios, constituye, según sus palabras, la razón última de la humildad como característica de la vida de Francisco y de la espiritualidad franciscana.

Me parece que ningún investigador antes de Barsotti y, podemos decir, que tampoco después de él, ha puesto de relieve de una manera tan profunda y luminosa esta dimensión de la experiencia de Dios vivida por el santo de Asís, y que si otros la han puesto de manifiesto después, lo han hecho siguiendo su estímulo⁵.

5. Considero como un mérito indiscutible de Divo Barsotti el hecho de haber puesto de relieve, tal vez por vez primera, de manera amplia, repetida y estimulante, la visión de Francisco de *Dios* como *humildad*. Digo *tal vez*, porque sus textos que hablan de ello aparecieron en 1982, año en que el fraile menor alemán A. Gerken ponía de relieve esta intuición de Francisco en un profundo estudio que llevaba un título significativo: *Die theologische Intuition des heiligen Franziskus von Assisi*, «Wissenschaft und Weisheit» 44 (1981-1982 1-25, espec. 21-23. Puesto que las publicaciones de ambos autores vieron la luz el mismo año, debemos pensar que fueron atraídos al mismo tiempo por la perspectiva del santo de Asís. En cualquier caso, Barsotti fue el primero que la puso de relieve en el marco italiano.

La intuición de Francisco no fue valorada de una manera adecuada ni siquiera después de estas dos publicaciones. En mi escrito *La spiritualità francescana. Anima e contenuti*, Messaggero, Padua 1993, planteé toda la exposición desde la perspectiva del Cristo humilde que reveló el rostro humilde de Dios. En él reconocía mi deuda respecto a Barsotti, al que cité además en distintas ocasiones, y respecto a Bergen. Sobre este tema, véase asimismo el reciente estudio de P. Martinelli, *La minorità: segno dell'amore kenotico di Dio nella Chiesa e nella società*, en A. Padovese (editor), «Minores et subditi omnibus», Roma 2003, 367-390.

4. Una vida teologal en la raíz de la pobreza interior (humildad) y exterior

Barsotti considera la vida espiritual de Francisco esencialmente como vida teologal, como existencia animada por la fe, la esperanza y la caridad, en particular por la caridad como fruto del Espíritu, que le une íntimamente a Cristo y le lleva con él al Padre. La centralidad de Cristo con el *sequi vestigia* es, a su modo de ver, el alma de la vida espiritual de Francisco. Los valores éticos que encarnó no son más que la expresión moral de esta imitación.

Esta óptica de lectura le lleva a prospectar valores altamente, y en algunas ocasiones de manera excesiva, exaltados en los medios franciscanos como la humildad, la pobreza, la sencillez y otros de este tipo, como meras expresiones y puros medios de la vida teologal del santo de Asís, verdadero núcleo esencial de su vida y de su testimonio cristiano. En su opinión, no debemos hablar ni de ascesis ni de ética franciscana, sino de vida teologal franciscana, en cuyo interior «la humildad es la respuesta al amor de Dios» y «la misma prueba del amor» y la pobreza es «un medio de liberación por tal amor»; más aún, es incluso «la condición de la experiencia mística» y «el signo de una altísima experiencia mística». Éste es el sentido del profundo testimonio de humildad y de la opción por la pobreza del santo de Asís. Por eso, escribe: su humildad «es la respuesta al amor de Dios», su pobreza exterior «es signo de una presencia que le colma por completo. Le colma hasta el punto de que su alegría interior rebosa hasta en el cuerpo y a través de su ser irradia en el mundo. Dios es su riqueza»; la humildad «es el signo de la plenitud de Dios que le llena: Dios es todo, la posesión de cualquier cosa le impediría gozar de la presencia divina en su corazón». En consecuencia, debemos pensar que «la pobreza franciscana no es ascesis, no es ejercicio de una voluntad que se compromete a seguir a Dios, es más bien el fruto natural de una presencia de Dios. Al poseer a Dios, Francisco no posee algo más, no puede sentirse atado por nada. Francisco no podría renunciar a la pobreza sin renunciar a Dios».

Me parece que una lectura como ésta del testimonio cristiano de Francisco va directa al corazón de su experiencia espiritual y convo-

ca en particular a los franciscanos a distinguir de modo claro entre el fin y los medios, y les enseña a concentrarse en la totalidad de su entrega a Dios, única riqueza, que hizo a Francisco humilde y pobre, porque era rico de Dios, que colmaba su ánimo.

5. Una espiritualidad que abarca cielo y tierra, pasado, presente y futuro, como sinfonía universal

Otro componente de la espiritualidad de Francisco puesto de relieve por Barsotti es su horizonte universal, la amplitud de su aliento, que abarca al hombre, a Dios, a la humanidad, a toda la creación. Haberlo puesto de relieve no representa, a buen seguro, una novedad en el estudio y en la valoración del carisma del santo. Sin embargo, son dignos de ser tenidos en cuenta el lenguaje, el estupor y la profundidad de mirada con las que pone de relieve esta característica de su vivencia de fe. Refiriéndose al «Cántico de las criaturas», escribe: «su canto tiene un conjunto de extraordinaria amplitud y un ímpetu vertiginoso por el que todo (incluso el sufrimiento y la muerte) se eleva a Dios en la alabanza». Incluso respecto a la oración, que constituye el capítulo 23º de la «Regla no bulada», texto que, a su modo de ver, representa la anáfora litúrgica más bella de Occidente, y sintetiza y resume la espiritualidad de Francisco, pone de manifiesto que todo el misterio de la economía salvífica de Dios se ha hecho presente en él, y por ello el santo alaba, glorifica y da gracias a Dios y añade: «Toda la vida de Francisco es una sinfonía, porque vive en comunión con la Iglesia triunfante, con todo el universo. De hecho, todo este universo y toda la Iglesia viven en Cristo. Todo lo abraza en Cristo. Al abrazarlo todo no se detiene, no se pierde en esta dilatación: lo abarca todo para elevarlo todo a Dios». Abarca, como es obvio, antes que nada a todos los hombres que el Señor le da y a los que acoge como sus hermanos con espíritu de verdadera y profunda fraternidad.

Barsotti señala también la raíz profunda de este abrazo total: la recuperación, por parte de Francisco, de todas las cosas en Dios, por el que ha sido poseído y al que posee como única riqueza. Escribe: «En Francisco existe una comunión total con todos los hombres y con toda la creación. No renuncia a nada, porque ahora lo posee

todo verdaderamente en Dios. Y lo que antes había alejado de él, vuelve ahora a ser suyo, porque en esta presencia de Dios en el corazón de Francisco todo se hace presente ahora en él»; y aún: «es en la unión con Dios donde se reintegra después la unión con todas las cosas, la redención de todo el cosmos, de toda la vida... En Dios lo posee ahora todo, todo se reconcilia con el santo, porque el santo está reconciliado con Dios».

Como buen conocedor de la historia de la espiritualidad que sabe muy bien que muchos hombres y mujeres de fe se han distanciado de todo para buscar sólo a Dios⁶, Barsotti señala y exalta en Francisco otra orientación muy distinta: «No es Dios solo, no es la huida del solo con el Solo. Cuanto más se une a Dios, tanto más unido se siente a todas las cosas, a todos los hombres, a todas las criaturas. El término de la vida franciscana es una plenitud total en la unidad del amor. Por eso advierte que debe plantearse esta pregunta de manera retórica: «¿Ha habido jamás algún santo que haya tenido tan presente, de manera conjunta, a Dios y a todo el universo?».

6. Una vida teologal en caridad y alegría

La liturgia de la Iglesia pide al Señor en la oración colecta de la fiesta de san Francisco que, siguiendo su ejemplo y su intercesión, nos una a Él «con amor jubiloso». Con ello recoge y propone a los fieles una de las ramificaciones más significativas de su carisma. Es lo que ha hecho también Barsotti, aunque con un lenguaje, con una participación espiritual, con una admiración que traicionan su personal arrebató espiritual.

Comentando la orientación de Francisco a Dios: «Tú eres caridad – Tú eres amor», escribe: «Él sintió y vivió todo el misterio cristiano como un misterio de un amor infinito, de un amor eterno, de un amor que le tenía a él, Francisco, como término», por eso debemos pensar que «la vida espiritual de Francisco nace de este estupor, nace

6. Escribe: «También la mística carmelitana, como la de san Juan de la Cruz, es, a buen seguro, una mística cristiana, aunque ¿no sentimos en ella como un eco, aunque sea lejano, de la mística neoplatónica? Este tender al Uno, este continuo despojarse, esta huida, esta liberación de todo lazo...».

de esta experiencia del puro milagro: ¡Francisco se siente amado por un Dios!» y siente que «no hubo más que una sola pasión de amor». La constatación de este incendio de caridad le hace decir que «si la perfección del cristiano está en el amor, difícilmente se podrá encontrar en la historia del cristianismo un alma que haya sido quemada por el amor más que Francisco».

Ahora bien, se trata de un amor sazonado, penetrado de gozo, de alegría, que es el verdadero distintivo, a su modo de ver, de la espiritualidad de Francisco: «Lo que distingue al pobrecillo de Asís y a la espiritualidad franciscana es la unión indisoluble de una caridad perfecta con una alegría pura». «La alegría de Francisco es fruto de la presencia de Dios en su corazón. Francisco vive la alegría, no vive más que la alegría. La muerte que se aproxima no hace más que manifestar todavía más este carácter propio de la vida interior de Francisco». Se trata, precisa Barsotti, de una alegría no sólo interior, como en san Juan de la Cruz, sino asimismo exterior, de «juglar de Dios», que se expande, se irradia, rebosa en el canto; una alegría que rebosa en toda la vida.

Barsotti, además de sacar a la luz esta presencia luminosa, indica también sus motivos: según sus palabras, es la luz de la resurrección, en la que Francisco contempla ahora la realidad y su opción por la pobreza radical como reflejo de la plenitud rebosante de Dios en su corazón.

Ya he recordado la importancia que se atribuye a la resurrección de Cristo en la experiencia espiritual del santo. Pues bien, también para este aspecto de su espiritualidad, señala: su piedad es «sobre todo alabanza en medio de la alegría de una resurrección que, para él, transfigura ya toda la creación» y añade: puesto que «es con la resurrección como el Verbo divino eleva a la humanidad asumida a la gloria de Dios... Toda la creación se ilumina para él con esta Presencia. Ya no es la humildad del Hijo de Dios en el pesebre lo que adora, sino que su alma salta de júbilo y canta, da gracias y alaba a Dios porque su gloria ha rebosado sobre todo el mundo... Por eso su piedad... es sobre todo un canto distendido de alegría, una alabanza alta, cada vez más pura, cada vez más rebosante».

El otro motivo fundamental del gozo y de la alegría en la experiencia espiritual de Francisco lo encuentra Barsotti en su opción radical por la pobreza. A la orientación del santo a Dios: «Tú eres gozo y alegría», le añade esta glosa: «Dios es gozo del alma, es pura alegría, porque ‘Tú eres nuestra riqueza’». Así es, y añade: «su pobreza es el signo infalible de la presencia (de Dios), y por eso es la condición de su gozo». A su modo de ver, la pobreza no es la última palabra de Francisco, sino sólo la condición para seguir a Jesús; su fruto es la «perfecta alegría», de ahí que «la enseñanza de Francisco termine siempre en la alegría», que brilla de modo particular en su vida. A este respecto escribe el autor: «Francisco es en su pobreza el santo que ha conocido la alegría más que cualquier otro santo». La pobreza que, para la mayoría de los hombres es objeto de «desprecio y oscura» (*Divina Comedia*, Paraíso, XI, 65) y motivo de tristeza, aflicción y en ocasiones de desesperación, para el Pobrecillo es condición y motivo de alegría. Aquí reside tal vez la razón más profunda de la atracción y la simpatía que sienten por él tantos hombres, incluso los más alejados: Francisco pobre, pero profundamente feliz, representa casi la nostalgia de lo que ellos desean ser.

7. Un místico extasiado, que no absorbido, en Dios, pero que le ve y le canta en todas las cosas

Francisco es, para Barsotti, un gran místico, en cuanto que ha vivido una profunda experiencia de Dios. Cuando afirma esto no sostiene, como es obvio, nada nuevo, aunque haya algunos teólogos que, partiendo de un estrecho concepto de mística, no insertan al santo de Asís en la categoría de los verdaderos místicos. Ahora bien, ¿cómo caracteriza nuestro autor la mística del santo de Asís? Barsotti, en su calidad de experto en espiritualidad nos ofrece algunas consideraciones dignas de ser destacadas.

La oración de Francisco pone de manifiesto, es «una visión y un sentimiento de la Presencia», por lo que «se tiene la impresión de que Francisco vive en un estado habitual de absorción, en un estado habitual de abstracción. Dios era su vida». Lo que encuentra en la admirable oración del santo conocida por «Alabanzas del Dios altí-

simo», de indiscutible alto valor místico, lo ve presente, aunque de modos diferentes, en todas sus oraciones, como se desprende de numerosos pasajes de los libritos tomados en consideración y puede deducirse de esta afirmación suya: la oración de Francisco es un «extravío en el éxtasis, un perderse en Dios».

Con todo, esta contemplación pura, a su modo de ver, no es «mística de transformación», sino «mística de un amor que es relación viva». Francisco ha conocido a Dios «por su connaturalidad con lo divino»; tuvo el «gusto de Dios», que se hizo sensible a él y se hizo conocer por él como sabiduría. Y esto a través de Jesucristo, por eso debemos decir que su oración, así como también su experiencia mística, es «teocéntrica» «porque antes que nada es cristocéntrica». En efecto, su mística es siempre en y por Cristo: «La experiencia de Francisco no es una inmersión en Dios. Lo suyo no es un perderse en el abismo de la divinidad. Francisco no se pierde. La Encarnación es el misterio de la zarza ardiente, que arde, pero no se consume. Francisco vive la experiencia mística más elevada del cristianismo, pero siempre en Cristo». La mística de Francisco no es maniquea, no es neoplatónica, como ocurre en algunas corrientes espirituales cristianas; sino que es cristiana en cuanto que lo posee todo en el Dios de Jesucristo; en él, aunque lo ha dejado todo, lo recupera todo; se reconcilia con todo, porque posee a Dios.

Esta confrontación con otras experiencias místicas, hace aparecer la originalidad mística del santo de Asís de un modo mucho más claro que un análisis limitado a sus escritos y a las biografías. Me parece que también en esto hemos de ver una aportación significativa de sus reflexiones a la comprensión y asimilación de la herencia espiritual del santo de Asís.

Voy a cerrar esta presentación poniendo de manifiesto que Divo Barsotti, cual fino teólogo y profundo hombre de espíritu como era, ha recogido y puesto de relieve en estos «escritos franciscanos», con admiración y cordial simpatía, la profunda y siempre actual sustancia de la experiencia espiritual del santo de Asís, y estimula con entusiasmo al lector para que entre en los pliegues más profundos de su alma, y también él se deje encender por el fuego de su seráfico amor y, dócil a la acción del Espíritu, se ponga también a seguir a Jesucris-

to, a fin de vivir en relación filial con el Padre ya en esta tierra, en caridad y alegría y en la alabanza grata y de bendición a Él, Creador munificente, en espíritu de auténtica fraternidad con todos los hombres y con todo lo creado.

GIOVANNI IAMMARRONE

Roma, 17 de mayo de 2008.

PRIMERA PARTE

LA ORACIÓN
DE SAN FRANCISCO

INTRODUCCIÓN

Los que estudian al santo de Asís tienen muy claro que es más importante él mismo, el ejemplo de su vida, que sus palabras y sus escritos. Su vida, así como los episodios que la componen, nos fueron transmitidos sobre todo por el amor de sus contemporáneos. Tal vez no haya ninguna otra literatura religiosa que conserve una cosecha hagiográfica tan rica y maravillosa; y también es digno de señalar el hecho de que se cuenta muy poco de los acontecimientos de la vida de los santos. No sabemos con seguridad casi nada del viaje de Francisco a Dalmacia y a España; poco o nada de su viaje a Oriente, aunque éste tuvo a no dudar una importancia decisiva para los últimos años del santo. No es la historia lo que interesa a los compañeros de Francisco, lo que les interesa es él, el misterio de una experiencia religiosa que les había conquistado, convirtiéndose en ellos en fuente de ingenua admiración y entrega ilimitada. Esta experiencia se reveló a ellos, más que en los acontecimientos más grandes, en las actitudes, en los hechos de su existencia cotidiana. Así fue como nacieron las *Leyendas*, *El Espejo de perfección* y, como último entre todos, el *Libro de los Hechos* en esa prosa inigualable que constituye una de las primeras obras maestras de la poesía en lengua italiana.

Se tuvo poco cuidado con los escritos que había dejado Francisco, con la excepción sobre todo del *Testamento*, que fue caballo de batalla de los discípulos más fieles, y del *Cántico de las criaturas*. Sin embargo, los escritos nos introducen más directamente, con su autenticidad, en la vida interior del santo. De ahí que en nuestros días haya crecido el interés por ellos y se los estudie con amor. Como es evidente, los escritos no pueden sustituir a las *Leyendas*, aunque en su forma más sobria resultan asimismo igual de preciosos.

Entre los escritos de Francisco gozan, a buen seguro, de una autoridad particular, en cuanto que parecen revelarnos de una manera más auténtica el alma y la experiencia del santo, la *Regla primera*, el *Cántico de las criaturas*, y el *Testamento*. No podemos infravalorar, sin embargo, el *Oficio de la Pasión* y las *Alabanzas del Dios Altísimo*.

Lo que caracteriza a la espiritualidad franciscana parece ser un aflato de simpatía universal. El santo vive una solidaridad propia, más aún, una propia comunión fraterna con todas las criaturas, y en primer lugar con todos los hombres. Nada le es extraño, de nada se separa. Las palabras con que comienza la *Carta primera a todos los cristianos*¹ son particularmente indicativas de cómo se siente deudor de todos, comprometido en un universal servicio de amor. Dios quiere hablar a todos por medio de él, quiere hablar a todo ser vivo, y él se siente obligado a hablar a Dios en nombre de los hombres, más aún, de todas las criaturas.

El santo vive esta caridad universal poniéndose a los pies de todos, con una humildad sin límites. Se trata de una exigencia irreprimible de su espíritu, como la de ser el más pobre, de suerte que esté por debajo de todos y de reconocer a todos como sus señores. Sin pedir nada para él, goza de todo y vive la alegría pura del amor en la alabanza: *la alabanza de las virtudes, la alabanza de las criaturas, la alabanza de la Virgen, la alabanza de Dios*. Ningún pesimismo, ninguna turbación o temor parece paralizar su espíritu.

Sin embargo, es el *Oficio de la Pasión* el que parece concordar más que cualquier otro texto con las *Vidas*: la oración de Francisco, antes de ser alabanza y acción de gracias, es «compasión»: el santo vive una relación viva con Cristo, que nace humilde y pobre en la cueva de Belén y que sufre y muere por nosotros en la cruz. En la oración de Francisco no hay referencia a la vida terrena de Jesús, excepto en el *Oficio de la Pasión*, pero se trata de unas referencias vivas, conmovedoras – revelan la participación del santo en el misterio. Los

1. «A todos los cristianos, religiosos, clérigos y laicos, hombres y mujeres; a cuantos habitan en el mundo entero, el hermano Francisco, su siervo y súbdito: mis respetos con reverencia, paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor» (Inicio de la *Regla primera*).

biógrafos nos lo dicen: Francisco vivía como si Cristo estuviera sensiblemente presente ante él, como si le viera. Vivía con él.

Los textos de las oraciones no revelan sino de una manera muy imperfecta la oración de Francisco. Lo que se ha escrito sobre su oración trasciende la letra de los textos que nos ha dejado el santo. Y, sin embargo, no sabríamos casi nada del contenido de la oración, si no nos hubiera dejado una huella en los escritos. Todos los que escriben sobre él se sienten incapaces de penetrar en lo secreto de su vida interior de contemplación y de oración, pero sienten que ahí se encuentra verdaderamente la grandeza incomparable del santo. Su pobreza, la austeridad de su vida, la humildad del hombre de Dios, expresan su vida de intimidad, su pasión de amor por Cristo. La verdadera vida de Francisco es la oración, por eso sigue siendo esencialmente un misterio: el misterio de un alma que ha vivido en la tierra su paso y su morada en el seno de Dios...

No podemos dejar de leer los capítulos XXIX y XXX de la *Primera vida* del Celano, el LXI de la *Vida segunda*, los IX, X y XIII de la *Leyenda mayor* de san Buenaventura, y después la *Leyenda peruquina* y el *Espejo de perfección*: con ello veremos que la oración constituye verdaderamente el alma de su vida. Estas páginas son las que pueden hacernos entrever la profundidad de las fórmulas, a veces sencillas y pobres en su lenguaje, en las que el santo tradujo para nosotros su oración inflamada, su altísima alabanza.

Un estudio sobre la oración de san Francisco debe tener en cuenta el camino de su santidad y, en la medida en que sea posible, debe permanecer fiel a la fecha de composición de cada escrito particular, a fin de reconocer el modo en que esta oración se dilata, se purifica, se vuelve más sencilla, más pura, más elevada. Con todo, esta atención a la historia del alma de Francisco no sólo no se presenta fácil, sino que ni siquiera es posible. Casi todos los escritos se remontan, ciertamente, al tiempo en que Francisco había llegado a su plena madurez espiritual. De este modo, la tarea del que estudia sus oraciones en un determinado orden sistemático, aunque se esfuerce por fijar la atención en su evolución espiritual, debe arreglárselas con las pocas huellas que de ella nos ha dejado en sus escritos. Por lo demás,

en este breve estudio, que no se presenta con el ropaje de un tratado erudito, muy pocas veces se nos permitirá invertir el análisis de algunos textos por el análisis de textos ciertamente posteriores. Si lo hacemos, es porque tendremos buenas razones para hacerlo, no sólo porque en un estudio de la oración se imponga un cierto orden sistemático, sino porque pensamos que ciertos textos, aunque hayan sido compuestos en una fecha anterior, reflejan mejor el alma de Francisco llegada a su plena madurez espiritual

Nota

De todos los textos de las vidas que nos hablan de la oración de san Francisco, transcribimos el cap. LXI de la *Vida segunda* de Tomás de Celano.

El varón de Dios Francisco, ausente del Señor en el cuerpo, se esforzaba por estar presente en el espíritu en el cielo; y al que se había hecho ya conciudadano de los ángeles, le separaba sólo el muro de la carne. Con toda el alma anhelaba con ansia a su Cristo; a éste se consagraba todo él, no sólo en el corazón, sino en el cuerpo. Como testigos presenciales y en cuanto es posible comunicar esto a los humanos, relatamos las maravillas de su oración, para que las imiten los que han de venir.

Convertía todo su tiempo en ocio santo, para que la sabiduría le fuera penetrando en el alma, pareciéndole retroceder si no veía que adelantaba a cada paso. Si sobrevenían visitas de seglares u otros quehaceres, corría de nuevo al recogimiento, interrumpiéndolos sin esperar a que terminasen. El mundo ya no tenía goces para él, sustentado con las dulzuras del cielo; y los placeres de Dios lo habían hecho demasiado delicado para gozar con los groseros placeres de los hombres.

Buscaba siempre lugares escondidos, donde no sólo el espíritu, sino en cada uno de los miembros, pudiera adherirse por entero a Dios. Cuando, estando en público, se sentía de pronto afectado por visitas del Señor, para no estar ni entonces fuera de la celda hacía de su manto una celdilla; a veces –cuando no llevaba manto– cubría la cara con la manga para no poner de manifiesto el maná escondido. Siempre encontraba manera de ocultarse a la mirada de los presentes, para que no se dieran cuenta de los toques del Esposo, hasta el

punto de orar entre muchos sin que lo advirtieran en la estrechez de la nave. En fin, cuando no podía hacer nada de esto, hacía de su corazón un templo. Enajenado, desaparecía todo carraspeo, todo gemido; absorto en Dios, toda señal de disnea, todo visaje.

Esto en casa. Pero, cuando oraba en selvas y soledades, llenaba de gemidos los bosques, bañaba el suelo en lágrimas, se golpeaba el pecho con la mano, y allí –como quien ha encontrado un santuario más recóndito– hablaba muchas veces con su Señor. Allí respondía al Juez, oraba al Padre, conversaba con el Amigo, se deleitaba con el Esposo. Y, en efecto, para convertir en formas múltiples de holocausto las intimidades todas más ricas de su corazón, reducía a suma simplicidad lo que a los ojos se presentaba múltiple. Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios, e, interiorizando todo lo externo, elevaba su espíritu a los cielos. Así, hecho todo él no ya sólo orante, sino oración, enderezaba todo en él –mirada interior y afecto– hacia lo único que buscaba en el Señor.

Y ¿acertarías tú a imaginar de cuánta dulzura estaba transido quien así estaba habituado? El sí lo supo; yo no sé otra cosa si no es admirar. Lo sabrá el que lo experimenta; no se les da el saber a los inexpertos. Inflamado así el espíritu que bullía de fervor, bien sea en su aspecto exterior, bien en su alma toda entera derretida, moraba ya en la suprema asamblea del reino celeste.

El bienaventurado Padre no desatendía por negligencia ninguna visita del Espíritu; si se le ofrecía, respondía al regalo y saboreaba la dulzura así puesta delante por todo el tiempo que permitía el Señor. Aun cuando le apremiase algún asunto o se encontrase de viaje, al notar en lo profundo de grado en grado ciertos toques de la gracia, gustaba aquel maná dulcísimo reiterada y frecuentemente. Y en efecto: hasta de camino, dejando que se adelantasen los compañeros, se detenía él, y, quedándose a saborear la nueva iluminación, no recibía en vano la gracia.